

El Comité Editorial de la Revista Historia y Región se complace en presentar el octavo número de nuestra publicación. Este esfuerzo se ha dado en condiciones extraordinarias para el país y el mundo, lo que hace meritoria la contribución de nuestros colaboradores en esta edición.

Este número presenta como tema central a: "Perú: problemas y posibilidades al 2021. Balances desde las Ciencias Sociales y humanas". Donde podremos encontrar artículos, notas, reseñas y la inclusión de la transcripción del ciclo de conferencias "Perú, perspectivas al 2021", realizada en octubre del 2020.

Cabe resaltar también una coyuntura que ha sido extraordinaria e imprevisible: la pandemia de la COVID-19. Este fenómeno ha tenido múltiples efectos en casi todos los planos de la vida social, incluyendo las formas cómo se desarrollan las actividades académicas. Ya sea desde la investigación, hasta la difusión y publicación de dichas investigaciones, el efecto ha conducido a nuevas prácticas que en nuestro país se hallaban de manera incipiente. Los accesos a bibliotecas, archivos, así como la posibilidad de realizar estudios de campo, han tenido limitaciones que fueron resolviéndose con el uso masivo de la tecnología ya sea para el acceso remoto, así como para foros o reuniones en línea. Esto último ha puesto sobre la mesa la necesidad de incluir a la virtualidad como una nueva dinámica social, lo que implica a su vez la creación de nuevas reglas y formatos para el uso responsable y riguroso de la internet en el campo académico.

Entre los efectos negativos tenemos que lamentar el fallecimiento de varios investigadores, docentes, familiares, colegas, amigos. Por ello es necesario expresar nuestro profundo pesar por pérdidas irrecuperables que de manera directa e indirecta han afectado nuestras emociones y todas nuestras actividades. La cantidad de personas fallecidas al cierre del año 2020 es aún indeterminada, pero ciertamente el impacto que ha tenido a nivel nacional ha sido enorme sobre la población mayor de cincuenta años. Aprovechamos estas líneas para expresar nuestras condolencias con todos aquellos que han tenido que soportar el dolor y la pérdida de seres queridos, así como las

secuelas físicas de los sobrevivientes y los efectos emocionales sobre sus hogares.

Esta coyuntura extraordinaria impregna a las celebraciones por el bicentenario de un hálito lúgubre, pero también permite poner sobre la mesa algunos temas que pasaron desapercibidos. Las condiciones iniciales que permitieron la formación de la República del Perú, lejos de ser las deseables, se sostuvieron sobre una sociedad fragmentada, con instituciones débiles y una frágil integración física y económica de nuestro espacio. La expectativa de festividad por la proximidad de los doscientos años de vida republicana ha sido golpeada por el testimonio y evidencia de la permanencia de esas mismas condiciones con las que iniciamos nuestra historia como país independiente. Las instituciones públicas encargadas de democratizar la salud y universalizar el derecho a vivir en condiciones dignas han sido puestas en jaque por una pandemia que ha revelado nuestras deficiencias. Pese a ello, la voluntad de vida y la capacidad humana de los ciudadanos han dejado muestras elocuentes de esperanza de un tiempo mejor.

En situaciones de crisis extrema, y de proximidad ineludible de la muerte, muchos individuos y grupos sociales regresionan a conductas arcaicas o aparentemente en desuso. Lamentamos las innumerables muestras de egoísmo, especulación, aprovechamiento e insensibilidad que hemos atestiguado a lo largo de este año. Comprendemos que situaciones extraordinarias de vida o muerte tienen un efecto sobre la moral y la conducta colectiva. Pero también debemos reconocer la lucha de la *primera línea de defensa* a cargo de médicos, enfermeras, bomberos, policías y militares, así como comités vecinales de ollas comunes y comedores populares. Gracias a ellos conservamos las fibras de integración social que nos permiten buscar soluciones y proyectarnos al futuro.

También resulta ineludible lamentar los avatares de nuestros líderes políticos, cuyo recorrido estos últimos veinte años ha estado impregnado de corrupción, conflictos y prácticas liquidacionistas. Pese a ello, la sociedad civil ha dado muestras de una capacidad de moralización de la política, defendiendo valores que podrían remontarse al sueño de un país republicano, democrático, justo y equitativo. Como las epopeyas de antiguos héroes, la defensa de algunas ideas ha costado vidas.

Las muertes de Jack Bryan Pintado Sánchez y Jordan Inti Sotelo Camargo, acaecidas durante las protestas en Lima en noviembre, así como las de Jorge Muñoz Jiménez, Reynaldo Reyes, K. R. D. (menor de edad), entre otras víctimas del paro agrario en Virú, en diciembre, dejan profundas y dolorosas lecciones que debemos recoger. Toda pérdida de vidas es injustificable, peor aún si son consecuencias de la incapacidad de diálogo entre el Estado y la sociedad. Recordar estos nombres y de otras personas que sufrieron los efectos de la crisis política no sólo significa reconocerlos como sujetos históricos, sino que permite reconocer en ellos el deseo común y universal de justicia en nuestras instituciones.

Nuestro tiempo presente se alza sobre nuestro pasado, pero *la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos*. Nuestras pesadillas radican ahí, en esas condiciones iniciales de nuestra república. Nuestra tarea radica –inicialmente– en no perder de vista el desafío que implica la construcción de un futuro diferente, donde la muerte y el dolor no sean la moneda de cambio para ser escuchados.

Este octavo número de nuestra revista se ha elaborado en este tiempo tan complejo. Agradecemos el esfuerzo del Comité Editorial, así como al Consejo Académico. Nuestro agradecimiento a los colaboradores que aportaron con artículos, notas y reseñas que nos permiten continuar nuestra labor como un espacio de intercambio de ideas, de investigaciones innovadoras y del deseo de crecimiento académico presente en todos. También a Santiago Loayza, quien ha prologado este número. Un agradecimiento especial a Melecio Tineo Morón y al Archivo del Obispado de Huacho por respaldarnos incondicionalmente. Un agradecimiento final a la Editorial El Universitario, no sólo por la impresión, sino sobre todo por el cariño y la calidad de su trabajo.

A todos, les deseamos que por medio de la lectura de las siguientes páginas puedan encontrar un agradable encuentro con diversos temas que hemos dedicado para el público en general.

JOHEL MIGUEL POZO TINOCO